

Reportaje

Encontrar el corazón en la persona del niño enfermo

Lic. Fabiola Montoya Martín del Campo

El hombre se encuentra en la categoría de los seres vivientes finitos. Las experiencias de enfermedad, dolor y la muerte -como fenómenos fisiológicos-, son compartidas con otras especies animales, afectan el organismo en su totalidad y su explicación se encuentra comprendida en las ciencias naturales y la medicina. Sin embargo, a diferencia de cualquier otro animal, en el phylum humano, estas realidades poseen otros alcances. El ser humano es el único viviente que se sabe mortal y sufre por ello, el qué mecánico, físico y corporal está investido de consciencia, es un quién personal de filiación divina y sed de infinito. Pero ¿en qué tiempo biográfico emerge esta consciencia? Un niño, inmerso en la experiencia de enfermedad y dolor, tomando en cuenta que su organismo se encuentra en procesos de maduración biológica y psíquica, particularmente la cerebral, ¿es poseedor de ésta condición humana? ¿Puede la persona del niño enfermo lograr un pensar existencial sobre el sufrimiento y su muerte? A través de las siguientes líneas intentaré ofrecer respuesta a estos cuestionamientos, aclaro que si alguna vez tomo el tono afirmativo es para exponer mi pensar y sentir desde mi propia experiencia.

Más de dos décadas de tener el privilegio de atender a menores de edad padeciendo enfermedades crónicas o terminales, me permiten algunas afirmaciones. Considero que todo niño es poseedor de una vida psíquica la cual, en no pocas ocasiones, ignoramos en sus delicadas manifestaciones; también afirmo que cuando la tortura de la enfermedad somete a un cuerpo joven, el niño nos manifiesta cómo le duele el alma.

Tan sólo cronológicamente distinto al adulto, el menor ante la muerte, abandona su minoridad y es capaz de formular su experiencia bajo un planteamiento filosófico. En argumentos aparentemente irrelevantes, es posible descubrir cómo el “menor” se involucra en un ejercicio de indagación, desde la contingencia de su dolerse enfermo, hasta la profunda experiencia de saberse muriente. Y para muestra comparto y comento algunos interrogantes ofrecidos en confianza algunos en el hospital, otros en el lecho de su hogar, por algunos de estos admirables seres que ahora ya no están entre nosotros.

Confidencias que invitan a la reflexión

¿Por qué me duele más mi alma que mi pierna? Darío, de 11 años, murió amputado de su brazo, el cáncer había tomado también su pierna. A sus once años Darío pregunta las razones del “dolor del alma” o indaga sobre el misterio del sufrimiento humano.

¿Dónde estaba yo antes de nacer... a dónde van los niños cuando mueren...? Sergio, 7 años, padeció leucemia. ¿No son acaso las preguntas de Sergio sobre el espacio-tiempo dilemas filosóficos y científicos milenarios?

El doctor me dijo que mi cuerpo era como una computadora... ¿por qué Dios me dio una computadora descompuesta? Lalo, 7 años, murió de leucemia. Con sus pocos años Lalo, en su sencilla fe, se cuestiona sobre una justicia que la “divina” ciencia no le sabe explicar.

¿Por qué, si Dios es mi amigo, me hace esto? Gustavo, 10 años, leucemia. Sollozando después de un doloroso procedimiento, al igual que Jesús en la cruz, Gustavo interpela fraternamente: ¿Por qué me has abandonado? ¿Sabes por qué sufro tanto...? Esmeralda, 12

años, en fase terminal, esperaba que a su padre le permitieran salir de la cárcel para despedirse. No pude negar mi incapacidad para responder sobre el misterio del sufrimiento del inocente. Ante mi sincero “no lo sé; sé que estoy aquí acompañándote”. Posterior a mi respuesta, solicita algo: “Sólo dame silencio” ...al lado de Esmeralda, mientras llegaba la paz que sobrepasa cualquier entendimiento, conocí que Dios habla en el silencio.

“Está lloviendo... la tumba estará muy fría y yo,...muy solo”. Juan de 15 años. La emoción de la soledad no debe confundirse con el sentimiento de lo horrible. Existe en el enfermo terminal una depresión existencial de frente al misterio de la muerte como suceso único e intransferible realizado en soledad. Ante ésta realidad, la presencia del otro siempre será un alivio.

“Cuando muera, ¿puedo donar mis pies para que otro niño camine?” Nayeli, 10 años, padece leucemia. En este cuestionarse, es claro deducir en Nayeli no sólo un inocente deseo, sino también un sentimiento de profunda solidaridad con el prójimo y amor por continuar la vida al paso con otro.

“¿Cuándo seré libre?” Itzel, 16 años, osteosarcoma terminal. A mi pregunta “¿qué es para ti la libertad?”, responde: “Una vida sin dolor ni enfermedad”. ¿No era acaso la muerte lo único que podía vencer esta condición? Me limité a responder: “cuando decidas abandonar la cárcel del cuerpo”. Finalmente, la muerte liberó al espíritu.

“¡Quiero que mi sufrimiento sirva para otros...!” “Mami, ¡camina por mí!” Luisa Fabiola, 14 años, en su invalidez terminal. Con una mirada que ya iluminaba la eternidad, interpreté que mi joven hija me invitaba: “Mami, camina mis pasos, construye el sentido de nuestro sufrimiento”.

Lo antes expuesto, es solamente una breve exposición para ilustrar cómo la potencia humanizante, es decir, la consciencia reflexiva del menor emerge vigorosa “a pesar de” o “gracias a” el entorno, sea éste caótico, incoherente, injusto o mutilante. El menor busca fundamentos y significados: científicos, lógicos, éticos, también simbólicos y metafísicos. El sentido que anhelan es aquél que puede iluminar su vida, dimensionar su historia. Me atrevo a decir que el niño enfermo, niño excepcional, en situación límite, en el autorreconocimiento de su dolor, da paso al sufrimiento y a la construcción de su significado, evidenciando algo más: un dolor asumido en un ser que sufre hace manifiesta su categoría de persona. Por tanto, me atrevo a afirmar que todo niño por su pertenencia al phylum humano, y su filiación divina, posee todas las notas características de persona, en su esencia el niño, lleva el secreto del hombre. Quede mi invitación a buscar el corazón de Dios en la persona del niño.